Kiosko y Más - La Vanguardia - 19 ene. 2017 - Page #22 http://lector.kioskoymas.com/epaper/services/OnlinePrintHandler.ashx?...

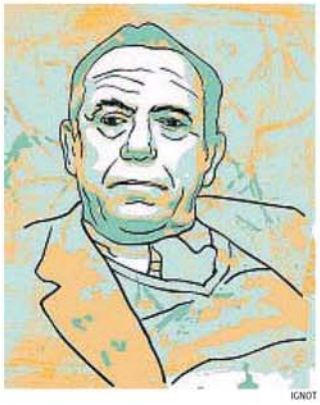
Francesc-Marc Álvaro

Si Pallach volviera

El miércoles 11 de enero se cumplieron cuarenta años de la muerte de Josep Pallach, político y pedagogo que desapareció justo cuando la transición cogía impulso. ¿Cómo habría influido en la historia reciente aquel catalanista y socialista democrático que tenía todos los atributos del líder nato? Nunca lo sabremos. Este ejercicio de historia ficción es atractivo, sobre todo en medio de un paisaje marcado por el descrédito de la política, el colapso del autonomismo, la pérdida de peso del PSC, la moda de los populismos y el triste final de Jordi Pujol. ¿Qué diría y qué haría hoy Pallach? ¿Dónde estaría? Son preguntas imposibles. Porque van ligadas a otras cuestiones, también sin respuesta. Por ejemplo: ¿habría disputado Pallach la presidencia de la Generalitat al líder convergente? ¿Habría conseguido articular un socialismo catalán fuerte desvinculado del PSOE? ¿Habría construido un centroizquierda lo bastante amplio para ocupar el espacio de CiU y de ERC? ¿Habría tenido a Maragall de competidor o de aliado? Ya lo hemos dicho: la historia contrafactual o virtual es apasionante –imaginen a Pallach gobernando Catalunya– pero no deja de ser una suma de conjeturas. Pallach vive en la memoria de los que lo conocieron y, desgraciadamente, es un gran desconocido de las nuevas generaciones, una parte de las cuales se sienten seducidas por doctrinas oxidadas pero empaquetadas como material nuevo.

> Quienes le trataron coinciden en subrayar su honestidad, su austeridad y su claridad

Cuando leo papeles sobre Pallach me sorprende constatar de qué manera fue incomprendido por muchos de sus coetáneos y cómo algunos intentaron desacreditarlo, porque no encajaba en la plantilla ideológica y de intereses de unos tiempos de simplificaciones y trazo grueso. Su esposa, Teresa Juvé, lo explicaba así en una entrevista de Pere Baltà: "Nadie se atrevía a decir aquellas cosas. La palabra socialdemócrata irritaba a los más radicales. Hasta los que iban de centristas y después han resultado ser de la derecha más absoluta miraban de no excitar la ira de los comunistas que dominaban los mecanismos de la paralegalidad y tenían infiltrados los medios de comunicación propiedad de la derecha. Los utilizaban como punta de lanza para atacarlo constantemente. Ahora no vale la pena denunciarlo. Es evidente que los promotores de aquellas campañas contra mi marido han quedado desautorizados. Leer los periódicos y encontrarte constantemente aquellos artículos era descorazonador". Según Joaquim Ferrer, que formó parte del partido de Pallach, "durante los últimos años fue atacado duramente por los comunistas y por sus compañeros de viaje. Fue calumniado. Unos y otros asediaron duramente el PSC-Reagrupament. Se añadió a ello el PSOE, que quería un socialismo catalán subordinado". Estos testigos invitan a reflexionar sobre cosas de rabiosa actualidad como el trato que da la cúpula de Ferraz a los socialistas catalanes, la construcción de supuestas hegemonías, la voluntad de destruir determinadas figuras públicas o la coincidencia estratégica de varios sectarismos contra ideas y personas que les molestan. Somos un país pequeño, pero con una alta densidad de mala sombra.



Pallach y la Catalunya "devoradora de hombres", en expresión de *Gaziel*. Pallach y los odios de la tribu. Pallach y la dificultad que tienen los que quieren hacerse escuchar sin caer en formas santurronas y en efectismos de mal teatro. Una parte de nuestra sociedad –durante los años setenta y hoy– prefiere oscilar entre el maquiavelismo de noria y la sentimentalidad hipermoralizante. El análisis autocrítico es percibido como una debilidad o una deserción cuando es todo lo contrario, es el único camino para intentar fabricar victorias y anticiparse a acontecimientos que limitan el campo de las decisiones.

Pero eso exige ciertos atributos o talentos por parte de los que se ponen al frente de la gente. Amadeu Cuito, estrecho colaborador del líder nacido en Figueres, ha escrito que Pallach tenía las dos condiciones básicas del buen político: la tenacidad y la intuición. "En todo momento –remarca Cuito–, sabía formular y proponer, entre todos los posibles, el objetivo más beneficioso para su país". Esta personalidad se completaba con una actitud que hoy es revolucionaria: "Nunca nadie le oyó dar lecciones de moral. Ni en nombre de su partido, ni en nombre de sus ideas, todavía menos en nombre propio. Predicaba con el ejemplo, en silencio". Hoy abundan los charlatanes con lagrimita.

Los que trataron a Pallach coinciden en subrayar su honestidad, su austeridad y su claridad. Decía lo que hacía y hacía lo que decía. Pallach no jugó a las imposturas y lo pagó caro. "Bombero del capitalismo" era el calificativo más suave que le dedicaban. En un tiempo esencialmente antipolítico como el nuestro, tampoco lo tendría fácil. Él, que militó en el POUM y que formó parte de la resistencia contra los nazis, quizás debería soportar las lecciones de los revolucionarios de salón; él, que era un catalanista sin sucursalismos, quizás tendría que escuchar los reproches de los que confunden la prisa con el coraje. Pallach, otra Catalunya. Imprescindible.●

EL RUNRÚN

Imma Monsó

Lo mejor no es el título

Tú no eres como otras madres (Periférica en castellano; La Campana en catalán) es un título sugerente que nos remite a la madre protagonista. Complicada, divertida, instintiva y carismática, Else es una madre judía con amantes y maridos arios, que explora sin complejos las combinaciones amorosas que le brinda su entorno privilegiado en ese paraíso sin pecado que es el Berlín de los años veinte. Sin embargo, a pesar de ser un magnífico retrato de madre (narrado por Angelika Schrobsdorff, hija y autora), lo más interesante del libro es poder presenciar paso a paso de qué manera (demasiado lenta y perezosa) se gesta la toma de conciencia de la catástrofe que se avecina en la mente de los protagonistas.

Toda esa gente cultivada, sensible, rebosante de talentos y de ingenio, se revela incapaz de enfrentarse con lucidez a lo que ocurre: "Si oían la voz de Hitler en la radio, la apagaban; si veían en la calle a sus seguidores, miraban hacia otro lado; si aparecía un titular en el periódico, lo tiraban a la papelera". Cuando Adolf Hitler llega a canciller del Reich (aún falta mucho para lo peor), la conciencia política del entorno de la madre de la autora se intensifica un poco, pero sólo ligeramente: "Erich y Else estaban consternados, horrorizados, fuera de sí: ¿cómo era posible que aquel ser vanidoso e impresentable que ninguno de ellos había tomado en serio hubiera llegado al poder con su tropa de terroristas criminales?". Luego, la efervescencia baja de nivel, su ansiedad se atenúa, incluso aunque ya las SS y las SA recorren la ciudad pintando consignas fanáticas en las tiendas de cualquiera que tenga el pelo rizado y la nariz prominente, aun entonces les cuesta creer que un "mamarracho" de tal envergadura llegue a durar en el poder. Else le pregunta a uno de sus maridos si "lo entiende": "No tengo intención de entenderlo. No hay que hacer caso del pensamiento repugnante del populacho. Pero no te quede duda de que lo que hacen hoy no podrán permitírselo otra vez. Se han cavado su propia tumba. Hitler, ese sujeto vulgar y criminal del flequillo, es hombre muerto". El "no tengo intención de entenderlo" deja clara su resistencia a abrir los ojos y cuando las conversaciones o las tertulias acaban todo vuelve a la normalidad: cualquier pequeño receso en la locura ambiente contribuye a tranquilizarlos de nuevo.

> Nada logra convencer a los protagonistas de la magnitud de la catástrofe que se avecina

En suma, un libro extraordinariamente oportuno y actual para tiempos de mamarrachos ocupando el poder. Sobre todo porque nos recuerda que el gran monstruo de la intolerancia avanza siempre así: dos pasos al frente y uno atrás.

Lluís Foix

El nacionalismo de Theresa May

El discurso de Theresa May en el que esbozaba el plan del Brexit parecía una intervención de uno de los dos grandes primeros ministros victorianos, Disraeli y Gladstone, dirigiéndose al mundo desde las cimas de lo que fue un gran imperio. La primera ministra no hablaba en tono imperial, sino con los argumentos de los nacionalismos de Estado que han alimentado muchos de los conflictos de los últimos siglos.

El mensaje de May es una continuación de aquellas trifulcas que organizó Margaret Thatcher para que Gran Bretaña dejara de ser contribuyente neto a la Unión Europea. Fue en la cumbre de Dublín de 1979 cuando amenazó con la célebre frase de "I want my money back". Y le devolvieron el dinero hasta el punto de que Londres dejaría de aportar los fondos previstos en los tratados tras su ingreso en 1973.

Theresa May quiere salir pero quedarse, se pronuncia nacionalista y a la vez internacionalista, pretende combinar la *little Britain* con la *global Britain*. Aboga por la centralidad financiera, económica y política de Londres como en los tiempos imperiales. Y ya no es así. Los imperios no son eternos.

El discurso nacionalista de May desafía a Europa diciendo que cualquier acción punitiva de Bruselas contra el Reino Unido no sería propia de amigos y tendría consecuencias calamitosas. El nacionalismo se caracteriza por reconocer y pretender únicamente el bien de su propia nación sin contar con los derechos de los demás. No todos los nacionalismos son iguales. Los orígenes del nacionalismo húngaro, por ejemplo, se alimentaban en fuentes históricas como la Corona de San Esteban, el reino militar y las guerras de independencia. El de los checos, teorizado por Masaryk, estaba dominado por el mito de ser el pueblo elegido por la democracia. El eslovaco, por el contrario, irritado por las manifestaciones de superioridad de los checos y temiendo siempre el militarismo húngaro, estaba dominado por resentimientos. Así lo entendía el historiador húngaro François Fejtö en su libro *La fin des démocraties populaires*.

> Si el nacionalismo y el populismo excluyente aumentan, será el principio del fin de los éxitos de la UE

Si el nacionalismo de los estados o el populismo excluyente aumentan en Europa, será el principio del fin de los grandes éxitos de la UE.

Isaiah Berlin lo advertía al comentar que el nacionalismo es algo natural siempre y cuando no comporte la idea, decía, de que "mi nación es mejor que la tuya y tú debes someterte porque tú no lo sabes, porque eres inferior a mí..., es una forma de extremismo patológico que puede conducir a horrores inimaginables y es incompatible con el pluralismo que siempre he defendido".

El patriotismo, por el contrario, es una visión positiva e irrenunciable sobre lo propio sin despreciar lo ajeno. La paradoja de querer movilizar a las masas democráticas únicamente en favor de la causa de la nación excluyendo la causa de la libertad explica muchas de las monstruosidades del siglo pasado.●

press reader Printed and distributed by PressReader PressReader.com + +1 604 278 4604 COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW